

## EL ANFITRIÓN DE DIOS

1º - 3º

Tito estaba triste. Durante todo el día no sabía qué hacer consigo mismo, y evidentemente estaba constantemente interfiriendo en el camino de los adultos. Solo quería ayudar. Pero seguían despidiéndose.

*"Vete a jugar"*, le dijeron, y Tito no quería jugar.

El pequeño Tito era un niño de seis años que vivía con su tío, el gran Tito, en la ciudad de Belén, donde tenía una posada, *"La posada acogedora"*, de la que era anfitrión.

El pequeño Tito admiraba al gran Tito como ninguna otra persona. Más tarde, cuando creciera, quería convertirse en posadero y preparar un hogar para las personas que venían de lejos, para que pudieran sentirse como en casa como en la posada *"La posada acogedora"* de su tío. El gran Tito sabía hablar con todos, podía ayudar a todos, y todos estaban satisfechos con él y con el alojamiento. El gran Tito nunca se enfadaba cuando un invitado pedía algo especial, sino que hacía todo lo posible por hacer posible lo que quería. Temprano en la mañana, antes de que nadie más se despertara, el posadero estaba en pie, preparando agua caliente, alimentando a los animales en el patio y preparando el desayuno. Y cuando hacía tiempo que se habían apagado todas las luces de las habitaciones y todo estaba tranquilo en la casa, cerraba las puertas de la posada y era el último en acostarse. El pequeño Titus había oído a menudo a la gente hablar de su tío, y siempre eran cosas buenas y dignas de elogio. Sí, el pequeño Tito quería ser alguien como el gran Tito algún día. Es por eso que también ayudaba en todo lo que podía en la casa, en el patio y en la cocina. Hacía mandados y había muchas cosas que un niño de seis años podía hacer.

Pero pasó que hoy esto no era posible. Había mucho que hacer en este momento porque nunca antes Belén había tenido tantos invitados a los que alojar a la vez. Venían corriendo de todas partes de Israel para ser controlados por los funcionarios del emperador. Y todos los que venían necesitaban alojamiento, al menos por unos días, una cama y algo de comer.

Eran los adultos especialmente los que tenían mucho que hacer y no se dejaban ayudar. Así, el niño siempre se hallaba entorpeciendo el camino, y ahí era solo un niño pequeño que no tenía nada que hacer.

*"¡Ve a jugar!"*, exclamó tío Tito, mientras llevaba sábanas limpias y bajaba las escaleras deprisa y sin tiempo.

*"¡Ve a jugar!"*, le dijo la tía Ruth, que preparaba la comida en la cocina para los innumerables invitados, envuelta en enormes nubes de vapor.

*"¡Ve a jugar!"*, refunfuñó incluso el viejo peón Daniel, que conducía siete caballos al patio.

Y el pequeño Tito no quería jugar. Quería ser posadero, preparar una posada cómoda para alguien que lo necesitara.

Cuando el niño se dio cuenta de que hoy los adultos no querían tener nada que ver con él, se retiró tristemente al establo. Remo, el buey, no lo rechazaría. A veces se había quejado de su tristeza, solo que esta vez su corazón parecía mucho, mucho más pesado que nunca. Y Tito lloró.

Pero cuando entró en el establo, olvidó rápidamente su malestar, porque lo que vio allí era tal que simplemente ya no podía estar triste. Como se sabe, un establo no es nada especial en sí mismo, y ciertamente si es simplemente un cobertizo de madera frente o una cueva en la roca en la que hay suficiente espacio para un buey, su pesebre, algunos manojos de paja y heno.

Pero cuando de repente -¡y ahora escuchen con mucha atención!- cuando en un sitio tan humilde de repente aparecen tres figuras brillantes con largas túnicas blancas; figuras con grandes alas de luz, figuras que se mueven silenciosamente, muy silenciosamente y que cantan apenas sin ser oídas y, sin embargo, milagrosamente expandiendo su melodía más allá de un establo. Osea, cuando de repente aparecen tres ángeles de Dios en ese lugar tan pobre, ... ¿cómo podría el niño o cualquiera que los viera no olvidar toda la tristeza y todo el dolor?

Así, el pequeño Tito cerró rápidamente la puerta, como si temiera que aquellos ángeles de luz desaparecieran cuando la luz del día cayera sobre ellos. Y luego se paró, los miró y los miró, y no pudo dejar de mirarlos lo suficiente.

*¿Se habrían fijado en él los ángeles?*

En cualquier caso, no interrumpiría la maravillosa danza y el canto celestial cuando revoloteaban en círculo alrededor de aquel miserable pesebre y acariciaban la madera áspera con sus finas manos, pareciendo alisar el heno con suaves movimientos.

Cantaban incesantemente y el muchacho que estaba allí, mirando y escuchando, pronto comprendió por qué las apariciones celestiales habían entrado en este establo y qué era lo que se estaba preparando.

Cantaban "¡Aleluya!", que el Hijo de Dios estaba hoy buscando una posada para nacer en la Tierra, y que debería ser allí en este establo, en este pesebre. El momento en que ocurriría el gran milagro no estaba lejos. Los tres ángeles cantaban en el pesebre, y con sus ligeras manos trataban de preparar el pobre lugar para el nacimiento, de nivelar el suelo, de limpiar la hojarasca. Pero los leños eran demasiado pesados y la paja demasiado seca para que manos angelicales la transformaran. Las figuras tenues trabajaron incansablemente para preparar el recinto para su Señor, pero los materiales ásperos y quebradizos se resistían a sus esfuerzos.

Entonces el pequeño Tito dio un paso al frente. Con la mano en su corazón, que latía como si estuviera a punto de estallar, dijo:

*"Señores superiores, déjenme a mí hacer este trabajo. Quiero preparar un lugar para el Niño de Dios aquí en "La posada acogedora". Yo sé cómo hacerlo bien, pues el gran Tito, el mejor casero del lugar, es mi tío".*

Entonces los tres ángeles miraron al niño, lo miraron con ojos que brillaban cual estrellas, como no podía ser de otra manera, puesto que las estrellas que vemos en el cielo por la noche son los ojos de los ángeles, y dijeron:

*-"Te estamos muy agradecidos, Tito. Sí, por favor, sé el posadero que da cobijo a nuestro divino Señor".*

El pequeño Tito no dudó más. Corrió rápidamente al patio donde Daniel todavía estaba ocupado con los caballos, agarró la escoba y corrió con ella sin escuchar alrededor suyo *¿A dónde?* y *"¿Por qué?"*

De vuelta al establo, barrió la vieja estancia, y Remo, el buey, que por lo demás no abandonaba su sitio fácilmente, fue persuadido para que saliera de allí y limpiara el campo hoy.

Después de haber barrido la paja sucia, Tito la llevó hasta el rincón más alejado del patio, donde se recogía la basura, y aunque tenía mucha prisa, se cuidó de no perder ni un solo tallito de paja. El suelo del establo era irregular y negruzco, pero después de que Tito abriera y distribuyera unos fardos de paja, no quedó ni rastro de él. También vació el pesebre y lo llenó de heno fresco.

*-¡Por favor -le dijo a Remo-, por favor, no te lo comas! Se supone que este va a ser el lecho del Hijo de Dios, y si te zampas lo que hay, entonces va a ser un lecho muy duro. No olvides que queremos que el albergue sea un refugio acogedor".*

Pero en este día no había necesidad de tal advertencia. Porque Remo también tenía presente a los ángeles y comprendió a su manera que se estaba preparando algo extraordinario.

El pequeño Tito sudaba profusamente cuando por fin todo estuvo en orden en el establo: el heno y la paja en su lugar, el pesebre más cerca de la ventana para que cayera la luz del día sobre él, y un pequeño banco desvencijado, al lado para la madre y el padre del niño. Mientras tanto, Remus respiró profundamente todo lo que pudo para calentar un poco el establo. Así que los dos, cada uno a su manera, estaban ocupados cuando de repente se escucharon voces en el patio. Oyeron al gran Tito decir rudamente, como no solía ser su estilo:

*–"Pero te digo, buen hombre, que todas mis habitaciones están ocupadas. La gente hasta incluso duerme en el comedor y en la despensa. No tengo lugar para ti y tu familia".*

Entonces oyeron el suave sollozo de una mujer, y de alguna manera este llanto le recordó al pequeño Tito el canto de los tres ángeles en el establo.

*-"¡Ya están aquí, ya están aquí!"* – gritó Tito a Remo saliendo corriendo hacia su tío. Un vez tranquilizado le explicó:

*-"Tío Tito, todavía tenemos una habitación. Yo la he preparado para que el niño pueda dormir bien".*

Tito miró a su sobrino y luego a la pobre gente: una joven vestida de azul con una capa con capucha y un anciano que llevaba consigo un burro atado a una cuerda. El buen hospedero se rascó la cabeza y murmuró:

*-"Bueno, vengan conmigo. Tal vez pueda ayudarles".*

Se quedó un poco asombrado cuando entró en aquel establo que tan cuidadosamente había sido dispuesto:

-*¡Caramba!, ¿quién ha hecho todo eso?*" –preguntó.

-Yo – respondió el pequeño Tito con orgullo–.

-*Somos el albergue "La posada acogedora" y no podemos dejar a la gente tirada en la calle.*"

Al gran Tito le pareció todo esto de lo más extraño. ¿Cómo se había enterado el muchacho de la llegada de aquella pobre gente? Pero dejó la pregunta para más tarde y dejó entrar al hombre y a la mujer, puso un poco más del heno en el pesebre como habría puesto lana en una colcha en sus habitaciones de invitados, y luego les deseó una buenas noches.

María y José, la joven y el anciano, dieron gracias al posadero por su bondad y se sentaron aliviados en el banco junto al pesebre. Vacilante, el pequeño Tito abandonó lentamente el establo. Ahora todo había terminado, ahora ya no era realmente necesario, y sin embargo le resultaba difícil caminar. Mientras cerraba sigilosamente la puerta detrás de él, de repente escuchó a la mujer joven llamándolo.

-*"Muchacho"* – exclamó ella.

De nuevo tuvo Tito que pensar en los ángeles al oír su voz y rápidamente corrió hacia ella.

-*"Niño"*, dijo María, *"te queremos dar las gracias también de parte del Hijo que nacerá esta noche. No conozco tu nombre, pero nosotros te llamaremos "anfitrión de Dios" porque has sido tú solo quien ha protegido al Niño"*.

Y José asintió pensativo ante las palabras de su esposa.

Aquella noche, el pequeño Tito apenas pudo conciliar el sueño. Una y otra vez pensó en los ángeles del establo a los que había escuchado primero y luego ayudado; en María, que lo había llamado "*anfitrión de Dios*". Siempre quiso ser posadero.

Ahora ya lo era. En su posada "*La posada acogedora*" nacería el niño, el Hijo de Dios. En el pesebre que le había preparado yacería caliente y suave, y mañana, mañana por la mañana, podría ir a visitarlo.

Finalmente se durmió, Tito, el "*anfitrión de Dios*". Y eso era porque alrededor de su cama, tres ángeles luminosos estaban cantando maravillosamente hermosos cantos. Incluso el gran Tito habría cantado en sueños esa noche.

Lo que el pequeño Tito soñó en esa Nochebuena, no necesito recordarlo, porque ... porque ... ese es el mismo sueño que todos los Hombres han soñado desde entonces cuando duermen en la noche de Navidad.

Franz Schubert

Letra: Vicente García S.



Lle - gó "pri - ma - ve - ra" en la frí - a es - ta - ción. Las flo - res ex - ha - lan su - bli - me co - lor,



los a - ni - ma - li - llos, los Hom - bres ya van si - guien - do al Gran As - tro que se va e - le - var.



A - le - lu - ia, a - le - lu - ia, lle - gó "pri - ma - ve - ra" en la no - che in - ver - nal.

<https://ideaswaldorf.com/llego-primavera/>